

Prólogo

Si hay algo que en esta sociedad del bienestar sigue escandalizando al mundo es el sufrimiento. Estamos muy acostumbrados a ver en redes sociales perfiles que muestran vidas idílicas: siempre los mejores momentos, en los mejores lugares y las mejores sonrisas. El mundo quiere ocultar el sufrimiento porque cree que la felicidad es imposible mientras haya sufrimiento.

Sin embargo, Pablo hace todo lo contrario. En esta obra nos muestra su vida sin maquillaje, bajo los focos de hospital, junto a la máquina de diálisis, en el dolor, la espera y el cansancio. Porque Pablo no teoriza sobre el sufrimiento *a posteriori*, sino que nos habla desde los momentos de prueba, cuando aún no está claro el desenlace, estando en la cruz, en el altar del sacrificio. Este es un testimonio escrito desde la cruz, no después de ella. Pero en medio de todos estos sufrimientos, descubrimos que la felicidad es posible, que se puede ser feliz en medio de los sufrimientos.

Nos descubre la paradoja de la vida cristiana, que no es una vida idílica sin sufrimientos, sino que, en medio de ellos, cuando nos sentimos más débiles y pequeños, Dios lo llena todo. Porque Dios no es ajeno a nuestro sufrimiento sino

que es el único capaz de darle sentido. El sufrimiento no es inútil, no es estéril. Es donde nos podemos unir íntimamente a la cruz de Cristo, participar de sus dolores, unirnos como la gota de agua que se añade al cáliz en el sacrificio del altar, y colaborar así con la salvación del mundo. Como diría otro Pablo, el Apóstol, «completar en nuestra carne lo que le falta a los sufrimientos de Cristo» (Col 1,24).

El testimonio de Pablo es necesario en un mundo que no sabe darle ningún sentido al sufrimiento y que cree que la única solución es ocultarlo. Pablo nos enseña a ofrecerlo en unión con Cristo, con el rosario en la mano y el corazón paciente de quien confía en que esa mano no será soltada. Descubrimos que, en medio de la enfermedad, podemos ver las cosas importantes de la vida con un foco más verdadero, apreciar las cosas sencillas del día a día y vivir agradecidos por tantos dones. Descubrimos los milagros en lo cotidiano, que se vuelve extraordinario.

Podemos aprender de Pablo que toda ocasión es oportunidad para ser misioneros. Muchas veces creemos que la misión es para otros, que no servimos para ser luz del mundo. Pero Pablo nos enseña que cualquier ocasión es propicia para mostrar el amor de Dios. Pablo ha hecho de su enfermedad un lugar de consuelo y de esperanza. Tanta falta hacen los misioneros en lugares lejanos como los misioneros en el occidente secularizado. Y los que sufren tienen una misión específica e importante, más en una sociedad que quiere erradicar el sufrimiento porque no sabe cómo vivirlo.

Todo cristiano está llamado a ser misionero, a ser testigo de Cristo. Dios nos da un lugar en el mundo desde el que proclamar que nos ama y que toda vida es digna de ser vivida. Ese lugar puede ser una cama de hospital, puede ser la diálisis diaria de la noche. Allá donde cada uno esté, es lugar para ser testigo de Cristo.

Hoy el mundo quiere eliminar al enfermo. Muchas personas que necesitan cuidados comienzan a sentirse como una carga para los suyos y piensan en que sería mejor acabar con todo. Sin embargo, eso es reducir a la persona a su enfermedad. Es una visión muy negativa y falsa. El enfermo es esposo, padre, hijo, amigo, compañero; es hijo amado de Dios y su vida es un grito de la dignidad humana que no depende de los méritos ni del rendimiento. Es amado.

Pablo, te doy las gracias por tu sí al Señor, por haber abrazado tantas cruces y haberlas ofrecido por todos nosotros. Vivimos unidos por el ofrecimiento, unidos en un solo cuerpo donde nos sostenemos unos a otros, como cirineos, como piedras vivas. Gracias por tu testimonio de esperanza que nos enseña a abrazar nuestras propias cruces, a ofrecerlas y no perder nunca esa presencia salvadora de Cristo y seguir de la mano de su Madre María, salud de los enfermos.

—Mons. José Ignacio Munilla